

CARLOS VIDAL

**EL MAR ABRE
SUS VENTANAS**

Centro de Arte La Recova
6 al 31 de Marzo • 2002

Como un acertijo irresoluble

Parece como si en Carlos Vidal coexistieran dos pintores independientes que encuentran un lugar de acuerdo; uno preocupado por la tensión del color, del trazo, de lo que se entiende por lo puramente pictórico, retiniano, heredero de toda la tradición abstracta de la segunda mitad del siglo XX, que conoce a fondo; y luego el pintor que fabrica un torrente de imágenes.

Si detenemos la mirada en los espacios vacíos de elementos iconográficos encontraremos que la disposición del color deja ver otros colores debajo, otras formas, otras direcciones en el trazo, correcciones y arrepentimientos. A veces son evidentes y nada accidentales tachaduras, otras en cambio el goteado de la pintura se torna un elemento compositivo más.

El propio artista declara su desagrado ante el lienzo en blanco, la necesidad de ensuciarlo, de superponer, o como él mismo lo define con un sugerente término: «encimar»; que asome aquello que ha quedado anulado, borrado, suspendido y cuya función es rigurosamente esa, la de estar detrás y componer la trama sobre la que encontrará su lugar todo lo demás, como un palimpsesto que acogerá las nuevas imágenes. Unas imágenes que se plantan imperiosas en la superficie y cuya filiación es diversa. Los motivos saltan de unos cuadros a otros, se repiten y también cambian, combinaciones y permutaciones que en muchos casos encierran una potente carga de ironía. Reaparecen los motivos de corte fetichista: zapatos y siluetas de piernas femeninas, a menudo invertidas, esquemáticos nudos marineros, llaves, tijeras, rostros y manos esquemáticas que a veces adoptan los gestos del lenguaje para sordos. Otras, en cambio, las manos trazan esas siluetas de animales que se proyectan en la pared tras un foco de luz. El juego aparece una y otra vez como constituyendo un elemento fundamental a la hora de ver el mundo, de saborear la vida. Pero un juego evidentemente adulto, poblado de elementos sin coherencia aparente, guiños secretos, complicidades consigo mismo, ironía y distancia. Y las letras funcionando en solitario, desgajadas de las palabras que les darían sentido, que les proporcionarían su lugar. Letras que bailan sobre la superficie y que a veces se enlazan para formar palabras escondidas; otra vez el juego, la apariencia de acróstico, de acertijo, se apo-

dera del lienzo. Y pensamos que algo se nos ha sustraído, que es imposible componer un sentido último para este conjunto de símbolos que se empeñan en ocultar su significado. Y cada elemento —ya sea un conjunto de círculos que forman una figura o se dispersan por la superficie, unas letras de caligrafía firme, unos zapatos de afilados tacones, una cabellera como una llamarada— se recorta contra el fondo como si un jugador los hubiese desparramado en una tirada de dados.

En cualquier caso el cuadro opone una extraña y desconcertante resistencia a la lectura, y Carlos Vidal mantiene ese tipo de actitud del artista al que no le interesa ninguna forma de tarea mediadora, prefiere dejar abierto el campo de sugerencias, la lectura, la interpretación; lo que Umberto Eco definiría como obra abierta.

Sus imágenes están extraídas de la cultura popular; al artista le fascina el territorio puramente visual de las publicaciones periódicas, de las viejas ediciones, de los catálogos, de las revistas ilustradas, de la publicidad, de los anuncios de apariencia energética y desenfadada; ese mundo que en gran parte oculta desinformación y parcelamiento de lo real en ligeros comprimidos de sabor agradable. Este repertorio de formas, colores y tipografías se constituye para él en un inmenso banco de datos iconográfico. La suya es una actitud que casi podría definirse como depredadora, consciente de las dificultades que hoy tiene la pintura para pensar imágenes que puedan competir en un mundo presidido por el aluvión tecnológico, capaz de generar, modificar y transmitir información visual de todo orden a velocidades vertiginosas. Él libra de este modo su particular y casi obsesiva batalla: ahondando en un corto repertorio que se ofrece hermético tras su aparente claridad.

Imágenes salpicadas desordenadamente, como arrojadas sobre la superficie de color, imágenes esquematizadas, a veces puro contorno (no por casualidad el dibujo es otra faceta destacada en su producción), pintadas con una deliberada torpeza, en ocasiones con la mano izquierda *«pero sin abusar de este recurso para que la mano no acabe adquiriendo destreza»*, como él mismo anota. Figuras invertidas, cuya explicación se podría encontrar en el hecho de que de niño pasase muchas horas viendo estudiar a sus hermanos mayores al otro lado de la mesa, de ese escrutar nacería su habilidad para leer al revés y su atracción por las imágenes invertidas.

Vidal no es un creador de atmósferas fáciles y acogedoras, al contrario, en sus cuadros la mirada resbala como en un paisaje escarpado, tropezando y sin posibilidades de encontrar asideros. Es la suya una pintura cargada de inestabilidad, nada cómoda ni visual ni conceptualmente. El caos, el desplazamiento, el descentramiento de cada elemento, parecen el fruto de improvisaciones que proceden de una energía acelerada que ha quedado impresa en la tela y que el espectador recibe casi como un puñetazo en plena cara.

Otro aspecto importante, más allá de la superficie como color empastado y sugerente, es la dimensión del vacío que preside estas pinturas, parece como si los espacios entre las imágenes fueran tan importantes como las propias imágenes.

Volviendo al tema de su particular alfabeto, donde caben signos de todo tipo de lenguas y lenguajes, el pintor señala que para él las letras antes que letras son formas; de ahí su utilización eminentemente plástica, pues tan pronto están resueltas con una factura extremadamente técnica, de rotulista, como aparecen con el aspecto de haber sido trazadas por un niño que aprendiese a escribir. Pueden ser letras del alfabeto cirílico o latino, pero también signos procedentes del lenguaje para ciegos o para sordos, del lenguaje braille a base de puntos (aquí, además, sin relieve, con lo que se tornan del todo inútiles, no significantes) o las manos que trazan sonidos en el aire. Letras siempre ajenas a las posibilidades de su significado, sumergidas en la ambigüedad.

Muy probablemente lo que le interesa al pintor es captar en su obra ese momento de la mente en el que los pensamientos son una fuerza a medio elaborar, ese intrigante y complejo proceso de idas y venidas inexplicables verbalmente, con sus momentos de suspensión y desplazamiento. Carlos Vidal practica un buceo interior pulsando cuerdas que son los sueños, los recuerdos, las obsesiones y que, remitiendo a un universo privado, sin un ánimo transcendentalista, remiten también a nuestro fragmentado presente individual y colectivo, contienen algo que es universal e intemporal.

Su actitud nos resulta enigmática, alejada de los significados unívocos, su pintura es incómoda, en algún sentido provocadora, como un acto terapéutico, como un ejercicio a la vez de entrega y de escepticismo respecto a la capacidad de la pintura para sugerir mundos, para representar espacios habitables para la experiencia, como si intentase mostrar tanto la validez como la inutilidad de la pintura. Está claro que sus cuadros plantean un tipo de tensión que formula un alto nivel de exigencia al espectador y que exhiben, ante todo, la radical libertad con que este artista se plantea la creación.

Alicia Murría